

“HAY UN PAIS EN EL MUNDO”
(Evocación de Pedro Mir)

Por Bruno Rosario C.

*“Hay un país en el mundo
colocado
en el mismo trayecto del sol.
(.) Sencillamente
frutal. Fluvial. Y material. . .
Sencillamente triste y oprimido.
Sinceramente agreste y despoblado”*
(Pedro Mir)

HAY UN PAIS EN EL MUNDO, del dominicano Pedro Mir, constituye una versión lírica de lo que era la realidad dominicana en la época en que el poeta la vivió antes de sufrir la amarga experiencia del exilio.

El poema describe a un país hermoso y productivo, pero triste y oprimido. Para materializar su propósito, el autor se inspira en la realidad social y material, doliente y desgarrante, de la situación rural dominicana de los años 40, realidad que el poeta contrapone a un paisaje sonriente y luminoso “donde ruedan montañas por los valles/como frescas monedas azules/donde duerme/un bosque en cada flor y en cada flor la vida...”.

El poema *Hay un país en el mundo* fue publicado en La Habana, en 1949, estando su autor en el exilio, y entonces, él quería dar con ese poemario una versión diferente de la realidad dominicana, una versión diferente de la promoción publicitaria que daba el régimen de Trujillo en el exterior, y esa promoción interesada de la dictadura trujillista quería hacer ver que Santo Domingo era una isla de progreso y encanto, que el país disfrutaba de un esplendoroso desarrollo y que no había miseria ni dolor ni desolación ni nada que conturbara la paz y la alegría de este pueblo.

Todo el pueblo dominicano, según esa versión interesada y dirigida, disfrutaba de paz y bienestar, y toda la propaganda estaba

encaminada a hacer ver al mundo que la República Dominicana no solamente estaba gobernada por un presidente querido y admirado, sino que disfrutaba de bonanza y felicidad, y entonces Pedro Mir, que había vivido la cruda y brutal realidad de su país, y que había calado la miseria y la callada indignación del pobre pueblo oprimido, y palpado la situación real —de opresión, de injusticia, de penurias— quiso, con *Hay un país en el mundo*, describir la auténtica realidad dominicana, es decir, cantar en versos líricos pero contundentes la tragedia que estaba padeciendo el pueblo dominicano, tragedia que la sentían con mayor intensidad y desgarró los campesinos, y por eso los campesinos ocupan un lugar preferente en la atención que presta el poeta a la materia de su canto. De ahí que en el poema se expresen la miseria y las penurias de los propios campesinos, especialmente de los campesinos sin tierra, quienes paradójicamente viven en un país rico y productivo, exuberante y hermoso, pero “sencillamente triste y oprimido”.

La intención significativa de este popularizado poema es precisamente la de dar un *testimonio* vibrante y enérgico de la realidad cruda y doliente del pueblo dominicano, y al mismo tiempo *dénunciar* a través de su canto emotivo, la opresión a que estaban sometidos los habitantes de la isla y la dramática situación de sus vidas, donde “la tierra no alcanza para su bronca muerte”. Persigue además *protestar* por la triste y terrible situación de calamidades y penurias que padecía el pueblo, en contraste con el latifundio y la opulencia de unos pocos (“...y tierra bajo los árboles, y tierra bajo los ríos...”). El autor también *condena* el saqueo de las riquezas naturales cuando se lamenta de que todas las cosas “son del ingenio”, como la zona de su pueblo natal (San Pedro de Macorís) donde el poderío yanqui inició la explotación de nuestras riquezas.

Ahora bien, este hermoso y sentido poemario, que describe el drama del pueblo dominicano bajo un régimen dictatorial, en un país que no merece el nombre de país, “sino de tumba, féretro, hueco o sepultura”, simboliza la frustrada aspiración del hombre pobre del campo cuyos anhelos nunca encuentran cabida satisfacción; el poema representa también el amor y la esperanza de quienes anhelan una mejor suerte, de quienes esperan un día “oculto” en la esperanza/ con su canasta llena de iras implacables/ y rostros contraídos y puños y puñales”. Por extensión, la situación a que alude el poema comprende a aquellos pueblos que estando en estado de opresión y de miseria claman por un cambio profundo/, por una liberación definitiva donde impere un orden nuevo, justo y humano. Pero para

conseguirlo “faltan hombres que arrodillen los árboles y entonces/los alcen contra el sol y la distancia...”.

La intención que bordea la configuración del poema muestra un carácter socio—político dominante: “Hay un país en el mundo/donde un campesino breve, seco y agrio/muere y muere/descalzo/ su polvo derruido...”. Así, mientras va desgranando los matices que denuncian la problemática social, proyecta la construcción con una dimensión épico—lírica. A los versos de aliento épico (“En verdad./ Con tres millones suma de la vida/y entre tanto cuatro cordilleras cardinales/y una inmensa bahía...”) opone una eclosión lírica intensificada (“Después/no quiero más que paz./Un nido de constructiva paz en cada palma./Y quizás a propósito del alma/el enjambre de besos/y el olvido”).

El poema está escrito en forma tradicional, pero acude a versos libres y sueltos, conjugados a veces con rimas y medidas silábicas variables. Todo el poemario muestra un acentuado ritmo, con un lenguaje sensorial y musical impresionante en el que la adjetivación es deslumbrante y preciosista con la consecuente elegancia estética apreciable. Aparecen también metáforas brillantes y sonoras, y en la descripción, tanto del paisaje como de las situaciones aludidas, la prosopopeya y la personificación son recursos que confieren un aliento vibrante y vital a la estructura del poema. Al combinar la denuncia social con el lirismo más íntimo, así como la protesta cruda y el virtuosismo preciosista, el realismo y el dramatismo de sus versos lucen auténticos, a tal punto que el poema se ha convertido en uno de los más significativos de la historia literaria dominicana contemporánea. Otro aspecto que llama la atención es la forma como Pedro Mir plasma su testimonio y su denuncia de la realidad social dominicana, pues no se trata de un testimonio seco y descarnado, o de una denuncia directa y panfletaria, sino que recurre a palabras hermosas, a combinaciones rítmicas eufónicas, a recursos sensoriales que confieren una musicalidad y armonía refrescante y que mitigan así el profundo desazón o el hondo desconcierto que produce el trasfondo sustancial de su denuncia, o aligeran el hondo sentimiento que motiva la materia de su canto, por lo cual todo el poema resulta una lectura sencilla, amena, atractiva, a pesar de los motivos desgarrantes que contiene el texto.

Dentro de las construcciones importantes quiero destacar una técnica que llamo *enunciación de contraste*, procedimiento que consiste en contrastar unas ideas o creencias a las que se les da apariencia de verdad, pero al término de las mismas se refutan

señalando las razones que las invalidan como ciertas. Por ejemplo, cuando dice "algún amor creerá/que en este fluvial país en que la tierra brota.../irán los campesinos con asombro y aporo/a cultivar/cantando/ su franja propietaria". Al sentido de la estrofa se le opone esta expresión: "Pero no". Y al término de las estrofas se contrapone la explicación auténtica: "Es un país pequeño y agredido.../sencillamente triste y oprimido".

La materia con que el poeta elabora su poesía está tomada de la realidad material, social y natural, en la que aparecen elementos de la naturaleza, como montañas y ríos; de la fauna, como gallos y caballos; de los medios de producción, como la tierra y sus productos, etc. En un primer plano vemos como el poeta nos va dando una descripción de la isla y tras esa descripción física, detrás del paisaje y del ambiente, que aparecen luminosos y sonrientes, emergen tremendas alusiones a la realidad social, plagada de miserias y penurias. En la base material del poema cobra particular relieve la situación humana en medio del esplendor de la naturaleza.

Ese es el sentido, temático y formal, del poemario de Pedro Mir. Esa es la evocación que anima y motiva el aliento creador de *Hay un país en el mundo*. Justamente, cuando Pedro Mir dice "Hay un país en el mundo", los dominicanos sabemos que ese país no es otro sino Santo Domingo, descrito en la época en que el poeta palpó y sintió las manifestaciones más dolorosas de aquellos años luctuosos.

Comparto la opinión de Héctor Inchaústegui Cabral cuando sostiene en su obra "*De literatura dominicana Siglo XX*" (Santiago, UCMM, 1968), pág. 92) que al principio del poema de Pedro Mir el lector cree que está leyendo versos que pertenecen a la tradición del gran pesimismo dominicano, y esa impresión llega hasta los últimos versos que rematan con la palabra *olvido*. El poeta, después de gritar su verdad, quiere que ese mundo doliente y oprimido desaparezca. Efectivamente, el nervio matriz del poemario es la denuncia de una situación demoledora y cruel, y quizás esa denuncia desgarrante y terrible, hecha en un lenguaje sonoro y musical, sea la razón por la cual *Hay un país en el mundo* se ha convertido en uno de los poemas más populares, y, nada nuevo se dice al proclamarlo, Pedro Mir es el poeta dominicano que cuenta en la actualidad con más popularidad y audiencia en Santo Domingo porque logró un canto entrañablemente lírico, sustanciosamente épico, con una hermosura refrescante y contagiosa, sencillamente hermoso y elocuente, sinceramente pulcro y bien sentido.